



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

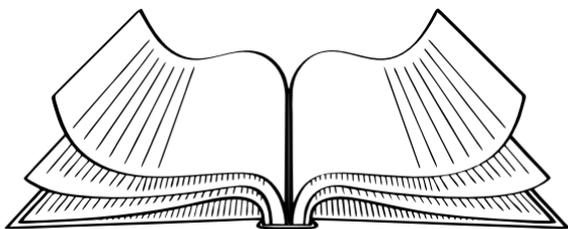
Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
OCTUBRE-NOVIEMBRE
2020





Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 28

www.porescrito.org

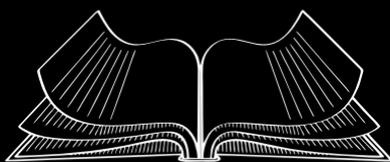




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Aquella noche Oscar Faz Garza	8
Tú César Gutiérrez	9
Palabras Diana Glez	12

FIRMAS

El accidente María Elena Sarmiento	13
Monsieur Wolf Virginia Meade	15
Explíquese y expláyese, maestro Cecilia Durán Mena	26
No hace falta Andrea Fischer	33

SELECCIÓN DE AUTORES SAHARAUIS

El silencio de las nubes Zahara Hasnau	36
El verano Luaili Lehsen	37
Volveré a la tierra Salka Embarek	38

IMAGINARIO

40

VOCES

Hormigas

Galilea Silva 44

Lo que cuenta el actual

novio de Juana

Fernando Galindo Platero 47

Hoy no

Ramón Carmona Barrios 51

Brevedad

Francisco Duarte Cué 55

Minimalismo en blanco

Julieta Fuentes Córdova 56

Somos

Julieta Fuentes Córdova 57

El chalet

Antonio Sardina 58

Hablando por escrito

En ocasiones, me pregunto cuánto tendremos que leer para descubrir que las distancias no son tan grandes. Me gustaría saber, qué pasa realmente con todas esas letras que fueron escritas y se quedan suspendidas en la lejanía, porque de repente, algo sucede y cuando pasamos los ojos por ciertos renglones pareciera como si todos los sentimientos y las sensaciones cobraran vida.

En cada texto está el reflejo de una intención que nos provoca una sensación estética. Antes de leer, somos unos y al terminar de leer ya somos personas distintas. También me pregunto en qué momento se conjuró ese hechizo. No sé si fue cuando el lector decidió entrar a la hoja escrita o si fue cuando el escritor venció la hoja en blanco. No sé si esos cuestionamientos son relevantes o si debemos abandonarnos al placer de leer y ya.

Es curioso, porque antes de leer existen una infinidad de posibilidades que todavía no conozco y para descubrirlas, está claro: hay que entrar a esos mundos a través de la lectura. Todo está ahí de algún modo, dado que el escritor quiso que ahí estuvieran y sintió esa necesidad solemne de ponerse en juego y redactar. Pero, para completar el círculo virtuoso, hace falta que alguien tome entre sus manos el texto y empiece a leer. De otra manera, todo queda oculto.

Y, con este acto sencillo en el que autor y lector se acercan se enciende la luz del entendimiento. Y, se vencen fronteras. Los límites del tiempo se someten y al tomar las pastas de un libro publicado años o siglos atrás, los segundos se rinden y la separación se vuelve casi inexistente. Podemos atisbar los escenarios, los modos, los pensamientos a través de un artilugio tan simple como un texto. Así pasa con los autores que escribieron a cientos de metros de donde nos encontramos, la distancia se diluye.

Nos acercamos para ver lugares distintos y contemplar costumbres tan diferentes; apreciamos los recursos estilísticos, desentrañamos los temas fundamentales y nos preguntamos sobre los hábitos que existen en ese universo fantástico que se rinde ante nuestra vista y convoca la imaginación. Miramos a profundidad y disfrutamos, sufrimos o nos enganamos a través de las palabras.

Lo maravilloso es que al leer, no sólo nos aproximamos al texto literario, también nos acercamos a ideas con las que podemos estar de acuerdo o no; encontramos frases que nos habría gustado decir; nos topamos con formas para resolver acertijos; nos cuestionamos por qué la anécdota fue contada de esa forma y nos sorprendemos si el autor supo darle un final sorprendente.

Pero, lo más importante es que despintamos fronteras y caemos en la cuenta de que no somos tan diferentes. La universalidad sobrepasa las distancias y conecta a través

del valor estético. En este número, que se edita en medio de una crisis que tiene al mundo confinado, decidimos romper barreras. Además de las secciones que habitualmente publicamos, esta vez quisimos dar un paso más lejos. Ya hemos publicado autores extranjeros y es una práctica frecuente en esta revista. Pero, este número 28 hemos dedicado una sección a letras africanas, a literatura sarahui.

Resolvimos la forma de encontrar similitudes en vez de diferencias. Con la República Sarahui nos unen muchos intereses culturales, mucha inspiración y belleza, pero, sobre todo nos une el idioma. Esta edición contiene poesía que viajó desde esas tierras remotas del África para que nuestros lectores las puedan disfrutar.

Y, en esas ocasiones en las que me pregunto cuánto tendremos que leer para descubrir que las distancias no son tan grandes, me respondo que con entrar a las páginas de Pretextos literarios por escrito es suficiente. Si leemos, esas letras no se quedan suspendidas, llegan a su destino.

Con tanto cariño, seguimos en nuestra intención primera: seguimos atrapando lectores para nunca dejarlos ir.



Eduardo Caballero

Aquella noche

Oscar Faz Garza

Penumbra de tu cuarto
los cuerpos como una lengua
que habla o quiere hacerlo
pero tiembla
¡Cómo tiembla!
(Este terremoto
porta tu nombre).



Paúl Núñez

Tú

César Gutiérrez

*¿La joven concubina recuerda mis palabras,
el tono de mi voz, el tacto de mis manos,
el sabor de mis besos, mis más dulces miradas?
¿Se estremece, suspira, sonríe tiernamente,
llora a veces?*

*Sólo la Luna sabe.
Efraín Bartolomé*

Tú, ¿recuerdas?
Tú te acuerdas de todo.
Yo permanecía
inmóvil en un asiento negro
y tú te paseabas furiosamente
por los pasillos de esa oficina,
lanzándome al rostro
duros pensamientos de reproche.

Querida mía:
tú no me amabas.
Ignorabas que entre la muchedumbre
yo era un corcel espumeante
espoleado por locuaz jinete.

No sabías, tú,
que en mi densa bruma de la vida
—deshecha por la tempestad—
me atormentaba yo sin saber
hacia dónde nos llevaba el destino...

Ojo a ojo
no es posible ver el rostro.
Lo grande se ve en la distancia.
Si se encrespa el mar,
las naves corren peligro.

¡Tú y yo en una nave!
Alguien la enfiló majestuosamente
hacia el corazón de la tempestad y la ventisca
en pos de una nueva vida.
¿Quién no rodó por la cubierta,
vomitando y maldiciendo?

Entre el estruendo salvaje,
sabiendo bien lo que hacía,
bajé a la bodega del barco
para no ver los vómitos de la gente.

Aquella bodega
era una taberna triste,
como las de vino queretano,
¿te acuerdas?
Me incliné sobre las copas
para no sufrir por nadie
y perderme en la embriaguez.

* * *

Cuando hablo de amor,
hablo de usted.

Querida mía:
la atormenté, es verdad.
En sus fatigados ojos
despuntaba la tristeza
—me dicen que aún es así—
cuando yo, ostentosamente,
me consumía en escándalos.

Pero usted no sabía
que entre la densa bruma de la vida

—deshecha por la tempestad—
me atormentaba yo sin saber
hacia dónde nos llevaba el destino...

* * *

Han pasado los años.
Mi vida es otra.
Y siento y pienso de modo distinto.
Por eso digo, alzando el vino:
¡Honor y gloria a sus ojos!

Hoy me embargan sentimientos de amor.
He recordado su triste cansancio.
Por eso me apresuro a contarle
lo que soy ahora.

Tengo el placer de decirle
que no rodé cuesta abajo.
Que he visto una foto suya, donde su
rostro es memoria borrosa.
Que no he encontrado por quién morir.
Que soy el más entusiasta partidario
de su felicidad.

Sé que usted no es la de ayer.
Ahora vive con un marido
inteligente y serio.
No le hace falta nuestro vía crucis
y yo mismo no le hago ni pizca de falta.

Según la guíe su buena estrella,
al abrigo de su mansión renovada,
la felicita quien siempre la recuerda.



Paúl Núñez

Palabras

Diana Glez

Hay verdades adormecidas que no se me despegan del
cuerpo

Migajas de palabras que no se dicen
por miedo a estropear el sabor del café

Ojalá te las hubiera dicho

A veces me sofoco y me atraganto con ellas

Y me tengo miedo, de desbordarme un día e inundar la
misma habitación

que tantas veces me ha acogido

Las he llorado, incluso he intentado sudarlas,
evitar el desborde por la boca

Se las he dicho a otros,
buscando un consuelo

¡Cuánto duele la verdad que no se dijo!

Hay días que no son

Días donde la mentira se hace pasar por mar para llamarla
esperanza

Sólo espero no te ahogues;
tu verdad nunca la escuché

Finjamos

No te las digo

Aunque en el fondo ya las sepas.



El accidente

María Elena Sarmiento

Tengo que ir a ver si mi celular tiene arreglo. Se me cayó el otro día ante una sorpresa. Llevé a Karla a una fiesta de niños en la que no conocía a casi ninguna de las mamás. He estado preocupada por ella porque sé que es demasiado inteligente para el resto de sus compañeros y temo que tenga problemas de adaptación. Por eso, me las ingenié para sentarme en un rincón a grabar el comportamiento de todos a ver si encontraba algo que pudiera resultarme útil.

Un par de señoras se sentaron cerca de mí. Creo que no se dieron cuenta de mi presencia. Cuando escuché de lo que estaban hablando, me interesó su conversación al grado de que comencé a grabarlas.

—Sé que puedo sonar odiosa por quejarme de que mi hijo sea un sobredotado. No me mal entiendas. Claro que me siento muy orgullosa de él, pero me da miedo no saber guiarlo. No tengo idea de en qué conflictos se pueda meter por ser como es.

—¿Y estás segura de que es sobredotado?

—Sí. Es algo que se nota cuando lo conoces de cerca, pero además, el doctor me acaba de dar su opinión y sí. Desde que me lo corroboró, no he podido dormir porque no sé si voy a ser capaz de educar a un niño así.

—Lo bueno es que tienes tiempo para hacerle sentir que es normal. Apenas están en primero de primaria.

—Sí, pero no sé si tendría que tomar medidas desde ahora. Tal vez tendría que meterlo en una escuela especial.

—¿Hay escuelas para niños como él?

—Eso es lo que estoy averiguando, pero no me inspiró nada de confianza la que encontré. Les hablé por

teléfono y lo primero que me preguntaron es qué problemas de adaptación mostraba.

—¿Y no? ¿No muestra problemas?

—No. La verdad es que se adapta a todo y entiende a la primera las razones que le doy. Por fortuna, su misma inteligencia lo hace darse cuenta de qué hacer en cada circunstancia y tiene bastantes amigos. Yo no lo podría llamar un desadaptado.

—Sí, tal vez el problema es cuando se comparan con él, ¿verdad?

—Sí, puede ser. A mí lo que me da miedo es que se aísle, que se dé cuenta de que nadie lo entiende y se sienta solo.

—¿Y piensas hablar con él sobre su problema?

—Creo que es mejor que no se lo diga con todas sus letras porque no quiero que se sienta más que los demás. Imagínate qué odioso podría ser.

—Mmm. Sí. Se volvería muy presumido, ¿verdad?, aunque no podría hacerlo en público.

—¿No?

Las dos madres guardaron silencio unos momentos y luego, la amiga preguntó con timidez:

—¿Y como de qué tamaño lo tiene?

Yo dejé caer mi celular.



Paúl Núñez

Monsieur Wolf

Virginia Meade

Monsieur Wolf está lleno de inquietud y ansiedad; mientras lee el periódico de cabo a rabo, incluso los anuncios de ocasión, se lleva una y otra vez la mano al abdomen; para aquietar el estómago vacío, bebe tazas de té. Al terminar su lectura, limpia meticulosamente sus anteojos sin dejar de ver la invitación que tiene frente a él. Esta mañana el director del periódico le entregó el sobre:

—W, uno de nuestros accionistas abrirá un restaurante el próximo sábado y desea que la crónica aparezca en el magazine mensual; como un favor especial, pide que usted —el director hizo una reverencia hacia su interlocutor— sea el crítico gastronómico del lugar. W, tu reputación te precede.

—Estoy ocupado —W se relamió los labios.

—Ni siquiera has visto la invitación; revísala en tu oficina —con irritación opinó—: no ha de estar tan mal.

El director se acercó al perchero, descolgó su saco y mientras se lo ponía, añadió:

—¿Me acompañas al elevador?, voy a una junta de dirección.

—No —gruñó Monsieur Wolf—. Yo voy a otro lado.

W estrechó la mano de su amigo y se dirigió a su oficina. En el pasillo, agitó la mano como saludo a los que ahí estaban trabajando. Al llegar a la entrada empujó las puertas de vaivén —como las de un bar del viejo oeste—; encendió su *iPod* y empezó a revisar las carpetas de correspondencia que su asistente había clasificado en: importante, para su firma y pruebas de impresión. Examinó con cuidado cada documento antes de firmarlo; garabateó algunas precisiones —la invitación le quemaba el bolsillo; lo enfurecía recibir

instrucciones—, él es quien decide los lugares que quiere conocer. Se concentró en revisar las pruebas de impresión de su columna de crítica —esperada por sus seguidores, pero aún más por sus detractores. Él no alaba un restaurante porque convenga a su dueños, quienes muchas veces lo invitan o lo contratan para que realice una crítica, tampoco por la admiración o rechazo a las propuestas del chef; ni siquiera toma en consideración a los patrocinadores del restaurante o del medio donde será publicaba su opinión; él comparte con sus lectores la experiencia de analizar un menú, el sabor de cada platillo junto con el maridaje sugerido, la importancia del servicio y el precio. Les participa cuando un restaurante conserva en el tiempo el sabor de su comida, una atmosfera exquisita y amigable; Monsieur Wolf observa las reacciones de los comensales ante cada platillo, sobre todo, cuando el chef ha sabido llegar al corazón de quien lo come. Monsieur Wolf está consciente de que lo reconocen y de que se esmeran en brindarle un buen servicio; aun así, él escribirá una crítica honesta.

Corrigió algunos detalles y firmó la galera. Su asistente, que conoce las costumbres de su jefe, entró a la oficina para recoger las carpetas. Trabajaron en su agenda de la semana, y en el último instante, él decide complacer a su director y reserva el sábado para asistir a la inauguración.

En cuanto llega al restaurante La Isla, el estómago ruge clamando ser satisfecho. A la entrada, los paparazzi deslumbran a cada persona con sus flashes; el dueño lo recibe con una copa de champaña tibia que él toma con fastidio; W se alarma al escuchar la voz de flauta del hombre, simula beber de la copa para enseguida abandonar aquella asquerosidad —ahora está seguro que ni veinte tazas de té aliviarán la sensación de vacío—. Cuando llega a su mesa, los que serán sus compañeros durante la cena se sienten

intimidados por su mirada fiera, por la melena de cabello negro, barba y bigote poblado; él les sonríe y muestra una dentadura perfecta.

No se ha equivocado cuando dudó en ir, los invitados están más interesados en exhibirse, juegan con sus *IPhones* o tuitean; Monsieur Wolf lee el menú que está frente a cada comensal: platillos de floritura que lo asquean. Al llegar la comida, apenas la pica, son platillos de apariencia recargada y sabores de plástico. Imposible comer.

Su crítica en el suplemento del periódico inicia así: Este sábado se inauguró, en la avenida más exclusiva de nuestra ciudad, el restaurante La Isla. El concepto es de paja; auguro que con un soplido caerá sin dejar huella. Su propuesta de menú es extravagante, pero nada innovador, eso sí, está saturado de nombres extranjeros. Nunca entendí si la entrada era un tipo de marisco envuelto en alga orgánica o si había que desenredar el fideo para encontrar en el fondo del minúsculo plato algo parecido al pvc. El resto de los platillos fueron un desafío para valientes. Preferí observar cómo los invitados encontraron en este lugar el sitio perfecto para un encuentro social. Recomiendo al chef del lugar huir antes de que la conflagración lo alcance.

El director general del periódico lloraba de risa mientras leía la columna de su amigo hasta que el dueño del restaurante y accionista del periódico le llamó por teléfono:

—La crítica de Monsieur Wolf es un insulto —dijo con voz aguda—, el día siguiente tuve que refugiarme en la casa de campo de mi hermano para evitar a mis amistades. Por supuesto, no olvidaré esta afrenta.

—Amigo mío, estará usted de acuerdo en que las palabras de nuestro crítico gastronómico ayudarán a que, con unos ajustes, su restaurante mejore. Estoy seguro que la crítica será favorable.

—Estoy indignado, no creo que el negocio sobreviva a otra visita de Monsieur Wolf. Su crítica fue incendiaria. Mis socios me abandonarán.

El director general del periódico se alarmó al escucharlo e intentó negociar con el accionista:

—Le ofrezco que nuestro amigo y colaborador le asesore en la nueva empresa. Los negocios prosperan cuando escogemos a consultores reconocidos, al mismo tiempo publicaríamos, en la sección de negocios, el relanzamiento de su restaurante.

—No —gritó el accionista—, seguramente me moriré si hablo con él. Lo dejo, en la antesala de mi oficina están mis acreedores. Adiós.

Al terminar la conversación, el director del periódico se acercó al ventanal —lo hacía cada vez que necesitaba tomar una decisión—, la llamada le causaba desazón porque creaba conflictos con los dueños del periódico, pero Monsieur Wolf era una mina de oro. Decidió enviarle una caja de puros al accionista y reconvenir a su colaborador. Con la conciencia tranquila regresó a su escritorio y llamó a su amigo:

—W, disfruté tu crónica gastronómica, no así la llamada del dueño del restaurante y accionista de nuestro periódico; estoy seguro que si me atrevo a ir después de este contratiempo no me dejarán entrar a su restaurante.

Monsieur Wolf gruñó:

—Son artistas de la escasez.

—Amigo mío, no puedo seguirte, ¿qué quieres decir?

—Pues que son parte de un *boom* de lo efímero donde comer mal no es una fatalidad sino moda.

—Yo me considero parte de la moda y me gusta disfrutar de una óptima comida.

—Entonces no vayas a La Isla, que supongo muy

pronto estará abandonada y no necesariamente por lo que yo diga. Por cierto, te invito a conocer otro sitio que aparentemente es mejor; no es nuevo y parece ser exclusivo; se llama Madera. ¿Quieres ir conmigo?

—Me arriesgaré. Ese nombre lo he visto en algún lugar, pero en este momento no recuerdo dónde —sin meditarlo el director aceptó—. Es un trato.

A Monsieur Wolf le parece prometedora la entrada al Madera; su amigo llega a los pocos minutos y se dirigen a la recepción, el capitán los saluda amablemente al preguntarles a qué nombre está su reservación.

—No tenemos reservación —dice Monsieur Wolf. No era falta de previsión sino una práctica de trabajo; además, el salón está casi vacío.

—Lo lamento, señores, es imposible que los atendamos sin reservación.

—¡No tiene comensales! —Sonrió y con voz amenazante añadió—: Quiero que nos reciban y anote que Monsieur Wolf los está visitando por primera ocasión.

Los ojos del capitán se abrieron —era evidente que conocía su nombre—. Tiene usted toda la razón, su mesa está lista. Por favor, acompáñeme.

Monsieur Wolf sintió un aguijón en el estómago, vaticinaba que de su próxima crítica saldrían chispas.

Su acompañante conocía la mirada, no era la primera ocasión en que iba de caza con su amigo:

—W, se te hace agua la boca, sinvergüenza.

—No lo niego, querido amigo; este es un restaurante de cocina de lujo, nada democrático. Es un lugar donde los comensales se encuentran con sus iguales y pagan por eso. Muchos de ellos son conocedores.

—Tú eres un conocedor, ¿pertenece a este lugar?

—Estoy aquí como crítico gastronómico, así que,

en principio, mi mente está abierta ante la propuesta moderna o la complejidad en los platillos. A nuestros lectores les ofrezco mi experiencia, la gente no tiene por qué pensar igual que yo —Monsieur Wolf observa el lugar—. Amigo mío, por ejemplo, no invitaría a Vivian a comer o cenar aquí.

Su amigo sonrío y le pregunta con malicia:

—¿Dónde está Vivian?

—Ni Vivian ni yo mezclamos nuestro trabajo, alguna vez lo intentamos, fuimos a un restaurante de comida oriental. A ella le disgustó que yo estuviera haciendo anotaciones mientras comíamos, Vivian dijo que perdía el apetito acompañándome, me llamó irrespetuoso. En este momento ella está trabajando en el diseño de un jardín —Monsieur Wolf añade— creo que hasta aquí llegamos.

—¿Qué estás tramando?

—Quiero decir que nos tendrán esperando; es una forma de pedirme que me vaya sin decirlo.

—¿Por qué? si ya saben quién eres.

—El dueño prefiere una crítica negativa a recibirme. Él tiene el derecho de aceptar a sus invitados y no se le antoja que yo imponga mi presencia. Por otro lado, no creo que te haya reconocido; si supiera que eres el director general del periódico ya te hubiera enviado su mejor mesero y un grupo de violinistas.

—Me halagas, W, ya podemos irnos; además acabo de recordar por qué el nombre me parecía conocido, el dueño de este lugar tiene un hermano que resulta ser accionista de nuestro periódico y dueño de La Isla.

—Ahora entiendo todo —Monsieur Wolf chasquea la lengua y se levanta, no sin antes golpear la mesa con el puño. Al salir, le ladra al capitán—, por favor entregue mi tarjeta al dueño del restaurante.

El capitán confundido, le pregunta:

—¿Desea el señor que confirme con usted una reservación para otra fecha?

—Solamente si el dueño del lugar me invita.

La crónica de su visita se leía: El martes fui al restaurante Madera, sin previa reservación, me asignaron una mesa; sin embargo, después de veinte minutos de espera, me di por enterado de que la administración no tiene interés en atender a nuevos clientes. Por eso, amigos míos, no puedo ofrecerles ninguna opinión sobre su cocina, eso sí; los violines se escuchaban en todo el lugar y los comensales estaban aburridos de ver las mismas caras de siempre, pero estoy seguro de que disfrutaron la música.

Monsieur Wolf y Vivian se conocieron cuando ambos luchaban por lograr estabilidad profesional: él como crítico gastronómico y ella como paisajista de jardines. Tenían como regla no mezclar amigos con negocios o sus respectivas profesiones; las ocasiones que lo intentaron, fracasaron; sus ideas sobre gastronomía o diseño de jardines eran diferentes y se entrometían demasiado en las decisiones del otro.

Monsieur Wolf estaba grabando música en su casa cuando llegó Vivian, se sentó frente a él sonriendo:

—El diseño del jardín le encantó al cliente, ya firmé el contrato; la próxima semana visitaremos los viveros y empezaremos a trabajar sobre el terreno.

Su esposo le devuelve la sonrisa:

—¡Brindemos por tu triunfo!—, se dirige al bar y prepara dos bebidas—, salud, Vivian.

—Salud, W.

Unos días después, Vivian le llama para invitarlo a cenar, ella llegará antes, el restaurante se llama: Prestigio. En cuanto llega al lugar, decide que le gusta. La gente se ve animada y el sitio está a reventar. Cuando se acerca al capitán, éste se alarma, llama a uno de los meseros que, con

paso apresurado, camina al interior —una reacción a la que Monsieur Wolf está acostumbrado; naturalmente, avisarán al dueño que él está ahí—; en ese momento, le preguntan:

—¿Tiene usted reservación para esta noche?

—No, pero me están esperando —contesta malhumorado.

—Señor, cuánto lo lamento, pero no tenemos aviso de que lo estén esperando —el capitán le sostiene la mirada, aunque parece que se va a desmayar.

Monsieur Wolf tarda en reaccionar y otras personas aprovechan para acercarse a la recepción. Busca su celular, pero se da cuenta que lo dejó en la oficina; no le queda más que aguardar afuera. Unos minutos después, lo intenta nuevamente pero el restaurante ya está atiborrado de clientes que le impiden pasar. No lo puede creer, rodea el edificio buscando la entrada de servicio. Cuando está por llegar a la puerta, los aromas de comida llegan a su nariz y a su estómago gruñe entusiasmado. Él piensa que han transcurrido muchas horas desde que comió, su nariz está exaltada; su cerebro le ordena: ¡apresúrate, esto es algo único!

Vivian llega al lugar y le parece ver a Monsieur Wolf saliendo del restaurante, lo llama por el celular, sin éxito. Decide entrar y avisa al capitán que su acompañante llegará en un par de minutos. En cuanto se sienta a la mesa, intenta comunicarse con Monsieur Wolf; decide regresar a la recepción y cuando cruza frente a la cocina las puertas abatibles se abren y alcanza a ver a su esposo que está en la calle; le hace señas con la mano, él se aproxima a la entrada, pero uno de los cocineros lo empuja nuevamente a la salida.

—¿Dónde cree que va? —el hombre tiene una expresión apacible, pero sus enormes brazos dicen otra cosa.

Monsieur Wolf no reacciona, le sonrío.

—Quiero reunirme con mi esposa, está ahí en el pasillo, esperándome —saluda con la mano en dirección de Vivian—. Enseguida voy —mira al hombre, arruga el entrecejo y mueve la cabeza hacia el pasillo— ¿Me permite entrar?

El gigante se mueve lento hacia la puerta que da al salón del restaurante y baja los brazos:

—¿Su esposa es la señora que viene hacia acá?

Vivian entra a la cocina y le sonríe al hombre, que es mucho más alto que ella, y le dice con coquetería:

—Él es mi esposo, salió a fumar, ¿le permite entrar, por favor? El hombre apenas se mueve, pero Monsieur Wolf logra deslizarse diciendo:

—Gracias, es usted muy amable —sonríe.

Vivian, sin dejar de mirar al hombre, regaña a su marido:

—Odio ese horrible hábito tuyo. ¡Entra ya!

Ella toma la mano de su esposo y lo guía hasta la mesa, mientras Monsieur Wolf observa el lugar: las personas se ven cómodas compartiendo; los meseros cargan bandejas con platos que lucen apetitosos. Se da cuenta que los clientes admiran lo que van a comer y las porciones son excelentes. Justo el lugar como a él le gusta; además, la música es discreta. En el centro del salón el pianista también sonríe. Monsieur Wolf quiere felicitar a la administración, es evidente que conocen su negocio. Cuando están sentados, comenta:

—Vivian, magnífico lugar, ¿habías venido antes?

Ella le sonríe, con un ademán llama al mesero y le indica qué desean para cenar.

—W, he pedido por los dos. Estoy segura de que te gustará.

Ella tiene razón: su estómago, que últimamente clamaba por buenos alimentos disfruta cada bocado.

Mientras come, le murmura a su esposa:

—Esta será una de mis mejores crónicas gastronómicas, describiré el aroma de cada tiempo, explicaré por qué son el consuelo para los viajeros; además el ambiente es inigualable, el vino que elegiste es el mejor. ¡Oh! Vivian tú sí que me conoces.

Ella lo mira complacida, pero le dice:

—No puedes hacer una crítica de este lugar.

Monsieur Wolf no lo puede creer, sobre todo después del desastre en La Isla y el Madera; horribles lugares, donde los dueños y chefs juegan a la casita con sus restaurantes donde enmascaran la mala comida con nombres estrambóticos o exigen precios altísimos por una calidad deplorable; además, no pudo comer ahí.

—¿No podemos hacer una excepción? —pregunta con la boca llena.

La mirada de Vivian es terrible:

—Te invité a ti, no al crítico gastronómico; estás aquí como mi esposo. Tenemos un pacto de años y no lo vas a romper —Vivian duda cuando le dice—: Te lo advierto, W, que no sea esta tu última comida.

Monsieur Wolf se siente acorralado. Vivian es parte de lo que hace que este momento sea único, si él no puede regresar para repetir esta experiencia sería mejor que su dieta se basara en tazas de té. El estómago se detiene y lo amenaza.

Mira a su alrededor: junto a la chimenea hay una mesa con dos hombres que no le quitan la vista de encima; reconoce a uno de ellos, es el hombre de la voz de flauta, el dueño del restaurante La Isla —Monsieur Wolf aprieta los puños—; ¿el otro será el dueño del Madera?, el entusiasta de los violines. En ese momento, un tercer hombre se acerca a ellos y los saluda. Parecen hermanos, tienen los ojos negros, muy juntos y sonríen —a Monsieur Wolf le

recuerdan a tres personajes de un cuento infantil—. Uno de los que está sentado, sin ninguna elegancia, apunta con su dedo hacia la mesa de Monsieur Wolf, el tercer hombre lo mira desafiante. El mesero interrumpe sus cavilaciones:

—Señor, aquí está su postre

Monsieur Wolf levanta la mirada, la visión del dulce lo obliga a salivar. El joven va a colocar el plato frente a él.

Vivian detiene al mesero y pregunta:

—¿Qué has decidido?, ¿vas a escribir una crítica sobre este lugar?

El empleado se acerca aún más:

—¿Prefiere el señor ver nuestra selección de tés?



Paúl Núñez

Explíquese y expláyese, maestro

Cecilia Durán Mena

1.

La primavera es la época cuando más llueve en Londres. Se asomó por la ventana, el cielo ocre, ni áspero ni suave, pesado, invitaba a quedarse encerrado más que a pasear, pero ¿quién se queda en un cuarto de hotel a pasar el día? Hay que salir con la manga larga y alguna chaqueta por si acaso. Le advirtieron que la temperatura oscilaría entre los cuatro y los quince grados centígrados. ¿Habría nieve? No, es muy raro que nieve a estas alturas del año, pero sí que sigue lloviendo, le informó su contacto. Contacto, como si se tratara de un eslabón de la interminable red de espionaje ruso. Maestro, se chupó los labios, ¿por qué no se dirigen a mí por mi nombre? Se acomodó el sombrero y se dirigió a su destino: traspasó el umbral de la puerta de su habitación. Se detuvo frente al espejo que colocaron al lado del elevador y evitó ver el reflejo.

El maestro pidió que pasaran temprano a recogerlo al hotel, dijo que quería que lo llevaran a recorrer las calles emblemáticas de la ciudad. En realidad, no le interesaban tanto. Le indicaron que estarían por él a las nueve en punto y cumplieron con el compromiso. Al salir, sintió frío. Metió las manos al abrigo y se topó con su celular. Lo apagó al subir al avión y se olvidó de encenderlo. Dos días apagado, tendría mensajes. Al prenderlo, vibró como si se desprezara y abandonara el letargo. Miró la pantalla: varios mensajes de sus hijas, de sus nietos, noticias. Vaya, murió el Loco Valdez. Se acordó de un video que grabó con Chava Flores, pero no se acordaba del título de la canción, de todas maneras, se rio. Ésa es la mejor manera de honrar la vida de un cómico muerto, ¿no?

El chófer no hablaba español y el maestro se negó a pronunciar palabra en inglés. El paseo fue de lo más extraño: el auto se paraba en los sitios turísticos, el conductor esperaba que el catedrático se bajara a caminar y el maestro se quedaba quieto, como si estuviera dando tiempo a que algo sucediera. Nada, ni el tiempo mejoraba, ni el viejo hacía otra cosa que contemplar desde la ventanilla del auto a través del vidrio que se opacaba con el rocío húmedo de la atmósfera londinense. Vueltas y vueltas, de Hyde Park a Bond Street, de Buckingham Palace, del Big Ben a Downing Street, a lo lejos vio el *London Eye*, *London Bridge* y *The Tower*.

A media mañana, pasaron frente al Museo de Victoria y Alberto que expone arte y diseño con impresionantes artefactos de todo el mundo. El maestro estaba entumido y con poco entusiasmo de seguir sentado en el auto. Además, estaba debilitado con estos sentidos enrevesados que tienen los ingleses: volante del otro lado, direcciones al revés. Así que accedió a visitar este tesoro oculto —así se leía en los folletos que le entregaron— nunca sabes qué puedes encontrar: muebles, pinturas, esculturas, orfebrería y artículos textiles y al maestro le sorprendió ver que exhibían una muestra temporal de arte de la Península de Yucatán. Arte Lagarto, la habían bautizado. Mejor que seguirse mareando mientras daba vueltas como mayate versión en inglés.

El maestro avanzó fatigosamente rumbo a la taquilla y le dieron un boleto en el que se leía *Free*. La taquillera le señaló un letrero: *Senior Citizens for free*. Resopló, ni siquiera le pidieron identificación. Luego dicen que la edad es un síntoma de la mente. Caminó por los pasillos, entró a ver Arte Lagarto. Iba formulando reflexiones sobre la vulgaridad de las fotografías del Río Lagarto, lo poco sorprendente que le resultaba ver los títulos de las imágenes

que mostraban formaciones de flamings rosas en contraste con un azul claro de las aguas del afluente: Flamencos en la Ría del Río Lagartos. Vaya, con el *titulero*, pensó y se calzó los lentes. Suspiró, después de agitar la cabeza. A medida que avanzaba, se encontraba con fotografías de cocodrilos. Vaya, con la riqueza mexicana. Miró a su alrededor. Las pocas personas que como él, visitaban la exposición, fueron divididas por el maestro en dos grandes grupos: las de cuellos y patas largas con nariz de gancho y los saurios de piernas cortas, fosas nasales cavernosas y piel gruesa. Se miró las manos, tanta vejez lo tenía verde, gruñó.

Al fondo, una fila de flamings y cocodrilos ingleses esperaba a entrar a un salón especial. El maestro se brincó la línea, haciendo uso del privilegio que se le otorga a los viejos en los países civilizados. En el centro de un cuarto oscuro, iluminado con focos que proyectaban la luz desde el suelo, estaba una estatua de piedra: Chac Mool. Una figura humana reclinada hacia atrás con las piernas encogidas y la cabeza girada. En su vientre había un recipiente circular. El maestro sacó una moneda. Era un peso mexicano. La pasó por el contorno de los hombros de la figura, le sobó la panza y metió el dinero en el hueco redondo. Rin tin cola, cola y tras; una raya y un hoyito. Tres y fuerte, prohibido comer mano ¿no decía así Chava Flores? Las alarmas empezaron a sonar. *I'm sorry, I'm sorry*, se disculpó mientras elevaba las manos al techo, como para hacer patente su arrepentimiento. Puso cara de inocencia. Pero sonreía. El guardia le pidió que se alejara del Chac Mool, el maestro se echó para atrás. Miro por encima del hombro. Juró que la piedra se movió, que le hizo un guiño. Se quitó los lentes y los puso en el estuche de piel.

Empezó a llover. Se escucharon las gotas contra los domos del museo. Todo se opacó. Dicen que ha sido la peor tormenta que ha caído en Londres. Una neblina

sólida y espesa, cubrió la capital, de ésa que da miedo a los ingenuos que creen que se puede tragar a la gente y hacerla desaparecer. La visibilidad en la sala del museo se redujo. El maestro imaginó que llegaría algún buen samaritano con un hachón para ayudarlo a encontrar la salida. “Rin tin cola, cola y tras. Una raya y un hoyito, que prohibido comer mano y que al quede no tirar que las chiras son al tiro que hay calacas y palomas y el ahogado muerto está”. No fue así. Tuvo que encontrar la salida él solo y caminar hasta donde se encontraba el chofer. El tipo estaba dormido. La manta de nubes cobijaba el auto.

El maestro dio un portazo que despertó al joven conductor. Miró el reloj. Aún había tiempo, faltaban dos o tres horas para el evento. Sin embargo, decidió pedir que lo llevaran al auditorio donde dictaría su conferencia. La neblina no dejaba ver la trompa del vehículo. Se deslizaron por Cromwell Road, dieron vuelta en South Kensington. El maestro escuchó un rumor como una flauta y una voz que gritaba ¡El afilador! Se incorporó y agitó la cabeza. Les tocó una luz roja que le pareció que tardaba en cambiar más de lo usual. Frente a ellos pasó un hombre en bicicleta con una canasta en la cabeza anunciando a voz en cuello: ¡El pan, pan calentito! El maestro chocó la nariz contra el vidrio del auto. Sólo se apreciaba el contraste lechoso de las nubes al ras del suelo. Sintió calor. Se pasó la mano por el cuello. El maestro empezó a sentir un adormecimiento general en el cuerpo, como si un enjambre de abejas le caminara por las piernas, la curva del abdomen, los brazos, papada, orejas y pelo. Era como si estos insectos imaginarios se metieran entre los pliegues de la piel, las arrugas del rostro y los remolinos de canas del cuero cabelludo. ¡Hay tamales calentitos, tamales oaxaqueños! Creyó tener hambre. Se alegró de ir rumbo a su destino. Tal vez, podría comer algo en el campus universitario. Cuando el chofer miró por el retrovisor para

avisarle que ya habían llegado, vio al maestro inclinado sobre su lado izquierdo, recargado sobre la portezuela, con la boca abierta. Se asustó, pero de inmediato se recompuso: percibió la respiración acompasada y escuchó un leve ronquido. Consultó el reloj, le quedaba tiempo. Lo dejaría dormir. No quería despertarlo.

2.

Permítanos ayudarlo, querido maestro, le ofreció su contacto mientras el extendía la mano para ayudarlo a subir al podio. Rin tin cola, cola y tras; una raya y un hoyito, las palabras chocaban con las paredes de ese cráneo endurecido y los labios se movían pronunciando palabras inaudibles. Fue fácil, ve usted. El maestro quería darle una mordida y arrancarle los dedos que le sostenían el brazo. Sintió cuando su contacto le retiró el sombrero y lo despojó del abrigo. Un espejo morado y enorme le devolvió un reflejo terrible. Mientras su contacto lo auxiliaba, miraba su imagen, como tratando de resolver el misterio de su figura. Aquí, maestro, le indicó su contacto. Las letras que formaban el nombre del expositor y el título ambiguo que le otorgaron, le parecieron incomprensible. Era como si fuera una imagen invertida. Miró el reloj. Ya era hora. El auditorio estaba lleno, no cabía un alma más. Se secó el sudor. No tenía nada preparado. Las abejas le caminaron desde la punta de los pies hasta la base de la cabeza. Entraron a la ranura de los oídos y comenzaron a zumbiar fuerte, fuerte.

El contacto tomó el micrófono y empezó a leer la semblanza del maestro. Las abejas se le alojaron en la garganta y la lengua se sentía tiesa. ¡El afilador!, ¡se compran colchones, lavadoras, estufas o algo de fierro viejo que vendan! Las palabras de presentador parecían la perilla de bronce de una cerradura que giraba lento, antes de abrirle la posibilidad de tirarse al precipicio. Llegó el momento.

Encendieron su micrófono. Se prendió un reflector. Los ojos del maestro estaban redondos, exageradamente abiertos, la boca balbuceante, la frente sudorosa. Se enjugó con un paliacate rojo que le servía de pañuelo. Se aclaró la garganta y dijo: Rin tin cola, cola y tras; una raya y un hoyito. Esperó a que el traductor hiciera su trabajo. No había traductor. La audiencia estalló en carcajadas.

Explíquese, expláyese, maestro. Las intenciones del contacto se convirtieron en un hecho sobreentendido. El maestro volvió a tomar aliento. Se acercó al micrófono y empezó a declamar la letra de Chava Flores. *Pichicuas y Cupertino se pusieron con canicas a jugar. Pichicuas que pide mano; Cupertino, rin tin cola, cola y tras'. Una raya y un hoyito. Que pintaron en el suelo del solar. Se advirtió que "Tres y el fuerte" que "prohibido comer mano" y que "Al quede no tirar" que "las chiras son al tiro" que "hay calacas y palomas" y "El ahogado muerto está". Mi Pichicuas, te sigue Cupertino. Mi Pichicuas, te quiere calaquear. Si ya las traes, apuntale con tino. Mi Pichicuas, lo tienes que ponchar.*

La audiencia estalló en aplausos. La lluvia cesó. La niebla de desintegró. El maestro parecía un gesto fijo, inconcluso, que trataba de interpretar lo que pasaba. En medio de su letargo, la realidad avanzaba sin que él tuviera que intervenir. Como si fuera una estatua esculpida a voluntad ajena y como si alguien más hubiera tomado el curso de las acciones. Los zumbidos aumentaban a un volumen intolerable. Empezó a señalar a todas direcciones, en forma errática. Volvió a aspirar y culminó la plática diciendo: *Mi Pichicuas, de a devis nunca juegues. Mi Pichicuas, de a mentis es mejor. Pos no está bien que ganes y les pegues, ¿qué va a decir de ti tu profesor?* Los asistentes se pusieron de pie para ovacionar al maestro. El hombre sonrió. Por cierto, añadió, no soy el maestro, tengo nombre. Se hizo un

silencio duro. Los asistentes se alejaron. El contacto salió de la sala. El conserje apagó la luz. Al fondo, vio la figura de Chac Mool que le enseñaba el ombligo con una moneda de un peso que un viejo le dejó. ¡El pan, pan calentito!



Paúl Núñez

No hace falta

Andrea Fischer

Who has not sat before his own heart's curtain?
It lifts: and the scenery is falling apart.

Elegy IV, Rainer Maria Rilke (1923)

Pilar está sentada en la taza del baño con las piernas cerradas. Nicho la mira con ternura, pero no quiere tocarla: está desnuda y esconde el rostro entre las manos. No la culpa. No la culpa por nada. Sólo la mira desde el interior del cuarto, recargando el hombro contra el marco de la puerta del baño. Él tampoco trae ropa encima. No hace falta: su madre salió con unas amigas a comer, su hermano se fue con la novia a quién sabe dónde, y hace años ya que su padre se fue de la casa con otra mujer. Total, no hay nadie más en la casa. Están ellos dos solitos, con la cama deshecha a sus espaldas y una manchita de sangre entre las cobijas.

No es tu culpa, Pilar. Ella no le contesta. Sólo asiente. ¿Entonces? Ya no llores, por favor. Me partes en dos. Ella se levanta y corta dos cuadritos de papel de baño. Se acerca a él y le limpia del sexo los trazos de sangre que le quedaron encima. Le resbalan lágrimas pesadas sobre la curva de las mejillas. Nicho le detiene la mano. Mírame, le dice, pero ella no le hace caso. Perdóname, perdóname, murmura. Te juro que no fue mi intención. Entonces toma el jabón de manos y lo pone bajo el chorro de agua en el lavabo. Luego recoge una toalla del suelo y moja una de las puntas bajo la misma corriente. Nicho cierra la llave mientras a ella le tiemblan las manos. Pilar, ¿qué haces? Deja eso.

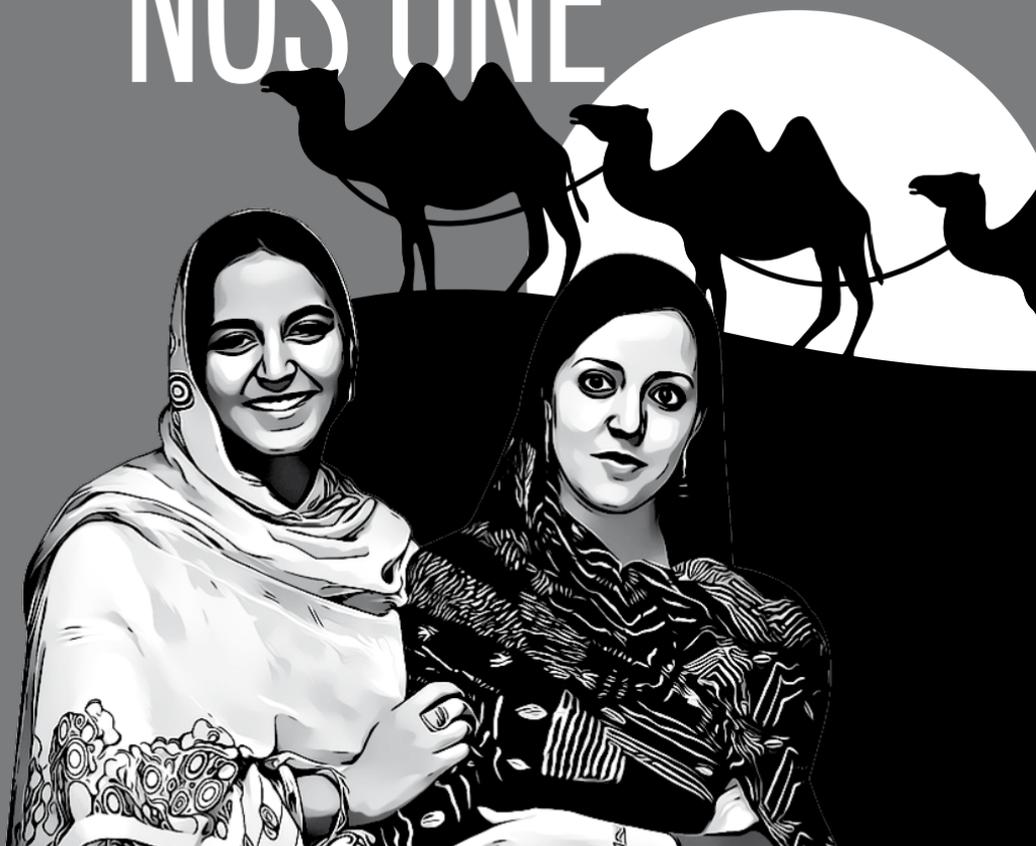
Pilar sale del baño con un movimiento brusco y se sube a la cama, deshecha. Restriega fuerte el jabón contra

las sábanas y luego friega la superficie con el extremo húmedo de la toalla. Ya casi está, mira, ya casi ni se ve, repite, como absuelta en una oración tristísima. Y en efecto: la mancha desapareció. Sólo queda la sombra de un color difuminado por el agua. Nicho se sienta en la esquina de la cama y la mira. Cuando no queda rastro, Pilar se acerca a él y recarga la coronilla contra su espalda cálida. No medí cuándo me tocaba, susurra. Se me fue. Perdóname. Nicho se voltea para verla de frente. Cruza las piernas. Suspira. Le sonrío con la mirada. Te tienes que aprender a reír de estas cosas, le dice. Ella se agrieta.



Paúl Núñez

NUESTRO IDIOMA
NOS UNE



SELECCIÓN DE AUTORES

SAHARAUIS



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

El silencio de las nubes

Zahara Hasnaui

A las nubes no les quedan pastores.
Nómadas taciturnas
tras los rebaños de dromedarios,
las risas de los niños, los frigs de jaimas,
los pozos verdes y las mehfás cantarinas...
Todo es distinto.
Se fueron...
y vino el silencio
a cubrir la infinidad
de narcótica pausa.
Adormece al río,
al viento enmudece,
vacío... en la mirada,
en la palabra... intención.

No queda nada.

La sombra de las nubes consuela a una huérfana acacia.



Paúl Núñez

El verano

Luali Lehsen

El verano es una estación de soledades mustias.
La tierra rinde su pleitesía ante el sol
y nuestros cuerpos, corazón de la tierra,
se tuercen mientras dura la reverencia.

El viento es una navaja afilada
que destroza la tarde.



Paúl Núñez

Volveré a la tierra

Salka Embarek

Volveré a la tierra,
sin el padre y la madre
que aquel día me tuvieron,
porque ellos ya volvieron
y me esperan.

Volveré a tierra,
donde mi cuerpo indemne
logre dormir su revancha
sobre su contuso cuerpo.

Volveré a la tierra,
a pesar de los desgarros,
de las zarpas en silencio
que mi pecho ha guardado.

La esperanza es tan terrible
Tan intenso es el deseo,
Que volveré a la tierra
Por el único camino perseguible.

Si me asaltan ladrones
de los que roban el pan
de la boca de mis niños,
abusadores de melhfás,
forzadores de mentiras,
les mostraré mis heridas
que aun sangrando
no me abruman,
no me frenan.

Volveré a la tierra,
porque ando ya en camino
despierta sobre la arena
mis pasos verán el día,
de noche viva y sin tregua,
esperaré en las trincheras.



Paúl Núñez



Calle de Guanajuato
Fernanda Zúñiga



Seminario
Karla Condado



Nostalgia
Fernanda Zúñiga



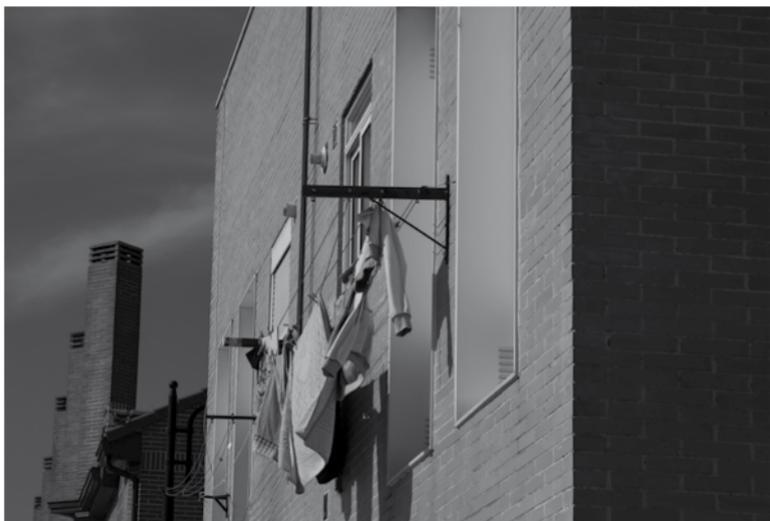
Líneas Zócalo
Karla Condado



Sin título
Alejandro Guarín



Sin título
Alejandro Guarín



Tendedero
Carlota Guzmán



Una somos todas
Valeria Mar

Hormigas

Galilea Silva

En cuanto ve el punto negro avanzar por el rabillo del ojo, estira el brazo y lo prensa entre sus dedos, estrujándolo de forma que los pedazos del cuerpo desmembrado de la hormiga caen al piso. Sonríe. Así les quedará claro.

No es que ella odie a las hormigas o disfrute herirlas. Más bien les teme desde aquel día en que empezaron a aparecer bajando por sus brazos o yendo cuesta arriba por sus piernas. Poco después se hizo normal encontrar dos o tres entre sus sábanas o sobre su ropa. Fueron aumentando hasta que era común ver pequeños grupos de hormigas por el piso a ambos lados de la cama. Entonces inició la limpieza excesiva: barre todos los días, asegurándose de mover cada mueble y pasar por cada esquina. Trapea varias veces al día y acto seguido rocía alcohol por el piso y la cama. A las hormigas sobrevivientes las deshace y las lanza al suelo para que sirvan de recordatorio. De vez en cuando parece funcionar y las deja de ver por algunos días, pero siempre vuelven. En el momento menos esperado descubre que tiene una paseándose entre sus dedos o deslizándose por su rostro. Sabe que es una guerra difícil de ganar, tal vez imposible.

Los días pasan con ambos lados poniendo resistencia, hasta que de pronto deja de haber hormigas. Limpia como de costumbre las primeras dos semanas, pero para la tercera decide ceder: de cualquier forma, no hay mucho que limpiar y, a decir verdad, últimamente se ha estado sintiendo extraña. Cierta sensación de pesadez le ha invadido desde hace unos días al punto en

el que hasta el menor movimiento requiere una cantidad inusual de esfuerzo. Por las noches, tendida en su cama, siente leves vibraciones correr bajo su piel como energía fugándose.

Será un virus, se dice mientras se tiende en la cama, en unos días se me pasa.

Al despertar siente los párpados pesados y la oscuridad le parece especialmente negra. En un intento por desperezarse se talla los ojos, sorprendida al encontrar una gruesa capa de lagaña sellando sus párpados. Talla con más fervor pues siente un ligero hormigueo. Cuando finalmente logra retirarlo de su cara lo suficiente como para abrir los ojos se levanta de la cama y al momento unas fuertes náuseas la invaden. Corre al baño y se lanza a la taza, aferrándose a las orillas con ambas manos mientras deja salir todo. El vómito cae con fuerza, dejándola sin respiración.

Ahora que sus ojos se han acostumbrado a la penumbra, una chispa de temor se enciende en su interior pues cree notar cierta agitación en el agua del retrete. En un solo movimiento enciende la luz. Horrorizada, grita al ver el mar de hormigas que expulsó segundos antes que ahora escala por las paredes del escusado, intentando escapar. Los gritos van en aumento cuando, con su vista periférica, percibe movimiento bajo la piel de su mano que sigue aferrada a la taza, se va extendiendo hasta que de repente la punta del dedo anular se rasga y de ella brotan miles de puntos negros con tal fuerza que la uña se bota. En un instante su mano queda reducida a un montículo de insectos.

A través de sus gritos logra escuchar sus risas triunfantes. Las hormigas han ganado.

A las siete de la mañana el sol comienza a colarse por las ventanas, iluminando cada recámara. El silencio que se percibe de primer momento es engañoso, lleva a pensar que no hay nadie en casa. Pero si se presta atención, se pueden percibir destellos de luz reflejándose sobre los millones de cuerpecitos negros que ahora cubren casi por completo el piso del departamento. Las hormigas trabajan aprisa, hace meses que decidieron que éste sería su nuevo hogar.



Paúl Núñez

Lo que cuenta el actual novio de Juana

Fernando Galindo Platero

Viernes por la noche y me siento feliz. Sí, estoy feliz, pero también extraño a Juana. ¿Juana está feliz? Ya dije muchas veces “feliz”, bueno pensé muchas veces “feliz”. ¿Puedo tener errores gramaticales en mi mente? No creo, esas reglas las dicto yo, porque afuera no puedo. Feliz. Ya ni siquiera suena a una palabra. Feliz. No estoy feliz, estoy mareado. Ya me voy, seguro Juana me extraña y me quiere ver. Si a su güey no le parece, pues que se voltee. Voltear. Debí mirar antes de cruzar la calle, casi me pisa un coche.

—Ding dong —gritó Confucio— ding dong.

Juana se asomó por la ventana.

—Ash, ¿qué quieres cabrón? —la muchacha lo miró con lástima.

—Te amo.

—Estás pedo.

—No estoy, lo juro...

—Sólo mírate, das pena —se burló Juana.

—Pena suena a pene... —después de esto, Confucio se rió—. Te juro que no estoy borracho.

—No te creo, adiós —cerró la ventana.

¿Por qué no me cree? No estoy borracho, no tanto. Aún puedo caminar, tal vez no en línea recta, pero al final es caminar. Tiene que creerme, no puede saber más que yo mismo. Asumir que estoy ebrio cuando yo insisto en que no, debe ser una terquedad suya, no mía. Yo estoy bien, ella estoy mal, no estoy pedo. Madres, suena a lo que un

borracho diría... Ya quiero llegar a casita, el perro aunque sea por compromiso, me quiere.

Caminó en líneas casi rectas hasta la calle en donde vivía y se sentó en su cama. Su perro se sentó junto a él y lo intentó consolar. Su exnovia ya no lo quería pero su mascota sí. Él era su amo y siempre le servía en su plato las croquetas más ricas dentro del parámetro de calidad de las marcas genéricas.

—Ya mejor duérmete, güey, ya estás bien pedo— dijo el perro.

—¡Que la chingada, no estoy pedo! Y no me digas güey, igualado —se frotó la cara—. Me abro contigo y no me crees, nadie me cree. Pinche perro mamón.

—Ya vas a empezar de mala copa y de amargado, mejor tómate tus pastillas, loco — se levantó en dos patas y le acercó un pastillero blanco.

—Tampoco estoy loco, pero nadie me cree...

Aunque de vez en cuando tenían sus riñas, eran buenos compañeros, siempre y cuando Confucio tomara sus medicinas. Las pastillas se las recetó un doctor, el perro solamente le recordaba tomarlas, si no, sería raro ¿verdad?

Sábado por la mañana y toca desayunar molletes. Chale, no hay bolillos, podría hacerme unas quesadillas pero todavía no es jueves. Mejor voy por el pan. El mercado está clausurado, del súper estoy vetado y la panadería queda a veinte minutos en auto, lástima que no tengo permitido tener uno... Será una hora caminando, pero es lunes y es lo correcto. Primero mis pastillas, toca la rosa, es sábado.

Aprovechó la caminata para pasear a Lenguas, así que tomó la correa y se la ató al cuello. Durante todo el

camino se interesó por saber más sobre lo que pensaba su perro con respecto a la comida yucateca y su alto nivel en grasas, pero no le contestó. Su mascota andaba muy callada esa mañana, tampoco quiso declamar ninguno de los poemas que leía en internet. Confucio se sintió un poco ignorado así que le contó un chiste para ver si se reía pero Lenguas no reaccionó.

Ya de regreso el joven estornudó, pero su perro ni salud le dijo.

Confucio estaba afectado, Lenguas era su mejor amigo y había veces en que lo ignoraba por completo, lo dejaba hablando solo. Quizás era un problema médico. Decidió visitar al veterinario de su mascota. El experto le dijo que no era un problema común y que, si Lenguas sólo hablaba con él, quizás estuviera loco.

Loco. Ya me han llamado así antes, pero en verdad lo dudo. No lo estoy, ¿Cómo van a saber mejor que yo mismo lo que me pasa en el melón? No pueden, yo sí. Yo sé que no estoy loco. Tienen que creerme, suena a lo que un loco diría pero es verdad...

A los pocos días, una gripe densa, viscosa y verde, lo tenía muy enfermo. Visitó al doctor y le recetó un par de pastillas. Sin embargo, era viernes y tocaba beber. Ya muy noche, lo corrieron del bar y también fue rechazado en casa de Juana. Como pudo, llegó a casa y mientras se quitaba los zapatos, Lenguas se le acercó.

—Brother, ya te dije que no puedes andar así cuando estás medicado...

—Oblígame, perro —se rió—, no me digas que hacer, eres un perro bien payaso, solo me hablas cuando quieres, incluso me has llamado loco. No sé por qué sigo siendo tu amigo.

—Piensa lo que quieras, pero recuerda que el alcohol corta el efecto de la medicina— le dijo.

Así pasaron los días y también las noches. Un día de la semana, el día en que tocaban los chochos azules, Confucio salió a tirar la basura. En el patio vio a Lenguas sosteniendo una conversación de lo más vulgar con una rata.

Caray, qué alivio. No soy el único que habla con Lenguas, sabía que no estaba loco.

—Perro, ven acá. —le ordenó Confucio— mírame, es viernes y estoy sobrio.

—¡Guau!— le contestó.



Paúl Núñez

Hoy no

Ramón Carmona Barrios

Me despierto. Hoy no tengo ganas de jugar. Hoy quiero estar acostada. No hacer nada. Eso, hoy no quiero vivir. Mi mamá dice que eso a veces también le pasa a ella, pero que debemos salir a hacer lo que nos toca.

En unos minutos vendrá a despertarme, pero yo ya estaré despierta y se lo diré. *Mamá, hoy no quiero hacer nada.* Y ya sé, me dirá que debo hacerlo, que ella tampoco quiere trabajar, pero que tiene que ir. Así como yo debo ir a la escuela. Y me taparé con mis cobijas hasta la cara y mi mamá me destapará. Y cuando no se dé cuenta, volveré a taparme. Ella estará agarrando mi ropa del closet y poniéndola en mi cama. Prendiendo la luz, porque sabe que detesto eso, porque me duelen los ojos, porque no puedo ver. Y eso hará que me despierte más rápido y yo no quiero. Porque hoy no quiero hacer nada. Porque me duele despertar y estar viva.

Hoy no quiero jugar, no quiero hablar, no quiero salir de este cuarto que es mío. De este espacio que huele a mí, o yo a él. No quiero salir de mi habitación. De mi casa. no quiero salir vestida y ver a mis compañeros de la primaria. No quiero oír sus gritos de niños idiotas. No quiero ver cómo Daniel le pega a Nicol porque no quiere ser su novia, ¡pero es que estamos muy pequeños y no lo entiende! Y no quiero oír a la maestra que nos dicta la clase, que nos pide que escribamos y yo quedarme dormida. Sin querer estar ahí.

Hoy no quiero hacer nada. Sólo quiero quedarme aquí, quizá llorar un poco. Llorar porque el día es muy lindo y yo no quiero hacer nada. Aunque todavía no amanezca ya

sé que será un buen día. Porque mi madre siempre me dice que será un buen día, aunque no lo sea.

Hoy no quiero moverme de aquí. Hoy no quiero salir. No quiero jugar. No quiero oír a la gente. No quiero que me digan *Ay qué niña tan más linda, y qué bien se porta usted, jovencita*. Porque detesto que me digan que soy una niña linda, porque no es verdad. Porque hay muchas más niñas mucho más lindas que yo. Mucho más hermosas, que se peinan mejor, porque mi mamá no sabe peinar. Porque mi mamá es una troglodita, un troll con manos tontas, que no sabe peinar. Y mi cabello es el enemigo número uno de ella, aunque mi mamá asegure que es mi papá, yo sé que es mi cabello. Porque haga lo que haga nunca me veo bien. Y siempre estoy horrible. Porque yo sé que hay niñas más hermosas. Yo las veo. Yo las conozco. Hoy no quiero que las niñas de mi salón lleguen y me digan cosas. Esas cosas que me duelen. Esas cosas que me hacen sentir mal. No quiero. Hoy no. No quiero sentir sus miradas que me lastiman. No quiero que se secreteen cuando yo paso y ellas se queden calladas. O que digan que estoy contagiada de algo, y entonces ni los niños se junten conmigo, porque tengo “el virus”.

Hoy no quiero salir de aquí, porque mi casa es mi fortaleza. Porque aquí, sola nadie puede hacerme daño. Porque aquí, yo no sufro. Aunque sí, un poco. Y más bien, entiendo que no quiero estar conmigo. Hoy no quiero soportarme. Soportar el decirme cosas. El hablar conmigo, el decirme *todo estará bien*. Porque no siempre las cosas están bien. Porque a veces las cosas salen mal, porque no siempre las cosas son como queremos. Hoy no tengo ganas de estar conmigo. Quiero dormir. Quiero dormir de mí. Quiero que mi vida sea de alguien más, por ejemplo de Rebeca, la niña

que siempre está contestando todo a la maestra y que tiene a sus papás juntos y que tiene una hermana gemela y que siempre están juntas y yo que no tengo a nadie, más que a mi mamá que me dice que las cosas estarán bien, pero por las noches llora y por las mañanas viene y no me deja seguir dormida, porque dice que ella aunque odie su trabajo irá. Y yo no quiero llegar a su edad y seguir despertándome temprano para ir a un lugar al que no quiero ir, pero tener que ir (así como ahora a la primaria) y despertar a mis hijos, porque yo tendré dos para que no estén solos como yo, y decirles que se despierten y que vayan a un lugar que odian y no se sientan cómodos con las vidas que llevan y a veces no quieran ni despertarse e ir a la escuela y yo decirles que tampoco quiero ir a trabajar, pero tengo que hacerlo. Y despertarlos y que ellos me odien.

No quiero ser como mi mamá.

No quiero ser como mi mamá.

No quiero.

No.

No quiero seguir viendo cómo todos los demás niños sonríen y yo no. Y que mi mamá me pregunte siempre que, por qué no sonrío y que ella sepa por qué, pero siga preguntando. Me desespera la voz de mi mamá, me desespera que siempre esté preguntando. Me desespera que me despierte. Que me quiera hacer la plática mientras me lleva a la primaria. Detesto que pretenda llevarse bien conmigo, porque ella no tiene mi edad. Ella ya no es una niña. No quiero que sepa de mí. No quiero contarle cómo me fue en la escuela. Como si yo le preguntara cosas de ella. Pero no lo entiende y todos los días lo hace, así como

decirme que las cosas estarán bien, aunque no sea cierto y yo la odie más por decirme eso. Cuando tenga hijos les diré que posiblemente el día esté muy mal. Y ellos no me odiaran tanto.

Hoy no quiero hacer nada.

Hoy no quiero estar conmigo.

Hoy, como todos los días, no quiero ser como mi mamá.

La puerta se abre.

Mi mamá entra a la habitación y se lo digo.

Mamá, hoy no quiero hacer nada... No quiero ir a la escuela.

La luz se prende.



Paúl Núñez

Brevedad

Francisco Duarte Cué

Tenían mucho tiempo sin verse y llegaron por vías distintas a un bautizo: ella pariente de la mamá y él amigo del papá y, a la sazón, padrino del niño enfundado en un abultado ropón blanco, digna joya generacional de alguna de las dos familias que arropaba a la estrella del evento.

Tardaron un poco en reconocerse y otro tanto en coincidir, pero, pasada la ceremonia, pudieron hacerlo. Se saludaron con la cordialidad que unos veintitantos años de no verse permite.

Carentes de pareja y con ganas de actualizarse, pasaron un agradable rato recordando años ya idos y contrastándolos con la vida que el festejado de esa noche estaba iniciando. Ella le ayudó al padrino a repartir el bolo y le gritaron: “guapa madrina”, ella se sonrojó y él no pudo ocultar una muy franca sonrisa.

Se citaron a cenar pero totalmente faltos de imaginación, cultura restaurantera y con algo de prisa por el final del festejo, quedaron de verse en la bautismal iglesia para de ahí tomar camino.

Ese camino los condujo un par de días después, (un sábado, por cierto), al elegante foyer de un hotel de lujo cercano al templo del encuentro. Lujo a toda ronda, velas, champagne, gran cocina, postre flameado y la cooperación de un capitán de meseros para conseguir un cuarto sin salir del edificio.

En ese cuarto, ahí mismo, retrajeron todo el pasado y lo pegaron al presente, a lo que fueron y a lo que son. Se quisieron, al menos por ese rato, con proximidad y acople, y así fue como sudaron juntos todo cuanto pudieron.

Todo esto sucedió un 21 de diciembre, la noche más larga del año según los astrónomos del orbe, pero — para ellos— fue la más corta.



Paúl Núñez

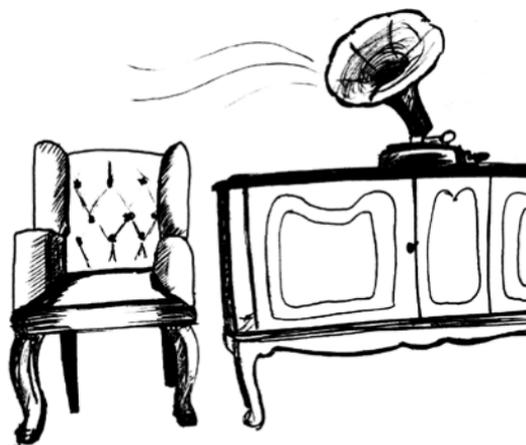
Minimalismo en blanco

Julieta Fuentes Córdova

Salones de paredes pálidas, luz difusa y alquimia de energías. Ahí está ella, vestida de blanco, sin maquillaje. Contempla serena los perfiles y las sombras de los cuerpos geométricos perfectos. La música vaporosa de Yann Tiersen la acompaña. Nada la perturba, camina, su paso es elegante y armónico, como si flotara en un vacío. Los segundos y la vida pasan sin que ella lo note. Apenas sonríe.

Él permanece sentado en el sillón azul como cada lunes. Intenta descifrar en qué momento la energía de la conciencia de ella se transformó en viento. ¿Cuándo volaron los recuerdos más sutiles hacia las estrellas? Hoy, sus manos ya no pueden sostenerla como antes; las lágrimas desafían la gravedad, retan a su corazón.

Ella lo mira y, por un instante, el brillo de sus ojos reaparece, se abrazan recordando la complicidad de sus labios. Ese destello los mantiene vivos.



Somos

Julieta Fuentes Córdova

Somos instantes infinitos, eternos e inmortales. El polvo de estrellas nos traspasa impregnando poesía sutil sobre la piel. El reflejo de la luna encendida nos recuerda la promesa silenciosa de aquel beso.

Somos momentos de contiendas que desgarran, de atrevidas decisiones que dan vida. El murmullo de los vientos nos hechiza con el ritmo y la fuerza de un quizá.

Somos intervalos en la sinfonía que interpretamos, apenas tiempo, apenas vida. Lucha intermitente entre sueños y conciencia.

Somos lluvia, somos roca, somos risas, somos humanidad.



Paúl Núñez

El chalet

Antonio Sardina

Llegamos al chalet de la familia en marzo de 2020, después de hacer el camino de Santiago Portugués, el más corto entre las diferentes rutas, ya que el promedio entre las seis estaciones es de veinte kilómetros.

Es importante mencionar que yo fui el primer peregrino en escúter, ya que mi intención al hacer el camino era darle un sentido a los últimos tres años desde que resbalé estúpidamente en una gasolinera y me rompí la tibia y el peroné, lo que llevó a que me realizaran catorce operaciones sin resultados y la final amputación de la pierna.

Así que, partiendo del pueblo de Tui en Galicia, recorrimos mi esposa y yo, de forma alterna entre pequeñas caminatas, el escúter y en automóvil, el camino de Santiago. Desde luego que esa no era la forma tradicional de recorrerlo, pero fue muy terapéutico y divertido, además de cumplir mi objetivo de quitarle el drama a mi vivencia.

A partir de Santiago de Compostela rentamos un coche y nos dispusimos a viajar al pueblo de mi padre: Panes, en Asturias, donde nos alojaríamos en el chalet de la familia, construido por mi tío Cándido, hermano de mi padre, que como muchos españoles fue a México a hacer la América y de acuerdo a la costumbre de los llamados “Indianos”, construyó una mansión de catorce habitaciones en su pueblo natal, como un tributo a sus raíces, pregonando su trabajo arduo y su buena fortuna.

El plan era instalarnos en el chalet y que funcionara como base para viajar por el norte de España: Santander, Bilbao y San Sebastián, recorriendo también los bellísimos pueblos cercanos a Panes: Llanes, San Vicente la Barquera, Cabrales y varios sitios pintorescos que me recomendaron mis primos Ramón y Gloria, actuales dueños del chalet.

Aunque en el camino empezaban a tomar fuerza los contagios por COVID19, en realidad viajábamos muy tranquilos sin darle importancia, acostumbrados a las alarmas sanitarias por haber vivido la llegada de la influenza H1N1 en México, pero al llegar a Panes, la Pandemia ya tenía proporciones gigantescas en España y se prohibió por completo salir a las calles y mucho menos viajar por carretera.

De repente nos encontramos varados en el chalet, con comodidades y sin problemas de abasto, pero aburridos, por lo que tenía que pensar cómo entretenerme, ya que además, por increíble que parezca, no teníamos internet.

Así que, ejerciendo mi curiosidad y pasión por el chisme, me dediqué a escudriñar por toda la casa elementos que me permitieran conocer algo más acerca de mi familia paterna. En realidad sabía muy poco de ese lado de la familia: mi abuelo Isidro, originario de un pueblo de Palencia, fue oficial de la guardia civil toda su vida. Conoció a mi abuela Conrada (¡coño, cómo se les ocurre!) en Colombres, un pueblo típico asturiano y por razones de trabajo pasaron a vivir a Panes, donde mi abuelo se hizo cargo del cuartel hasta su muerte.

Sabía que mis abuelos tuvieron seis hijos y tres hijas, de los cuales conocí sólo a los cuatro últimos que vivieron en México, entre ellos mi padre, y a las mujeres con quienes conviví en 1982, ya que visité el pueblo aprovechando mi viaje al campeonato mundial de fútbol de España.

De mi tío Hilario, que era el cuarto hijo, sólo sabía que había muerto en la guerra civil, pero no tenía idea de cómo ni cuándo, por eso me llenó de felicidad descubrir un álbum de fotos de la familia donde aparecía el matrimonio con todos los hijos, menos mi padre y mi tío Antonio, el menor, que aún no habían nacido; ahí con un ceño fruncido, los ojos negros desafiantes y una boca que retaba sin hablar, conocí a mi tío Hilario.

Durante mi búsqueda, escombrando en el último cuarto, que al parecer se usaba como bodega, encontré una vieja máquina de coser y dentro de un cajón, apareció un inesperado tesoro: un atado de sobres amarillentos con olor a embutidos (el aroma de España, pero más intenso) que al desatar, me dio acceso a las cartas que escribió mi abuela a su marido, en el tiempo de la Guerra Civil, cuando mi abuelo fue destinado a La Figuera, conflictiva región minera de la zona.

Estas cartas develaron la terrible historia de la muerte de mi tío, desencadenada por un devastador amor de madre.

La Guerra Civil Española, como todas las guerras civiles, fue cruenta y fratricida, pero ésta en especial, dado el caldero de corrientes que se daba en el mundo en ese tiempo (comunismo, anarquismo, fascismo).

El fanatismo que provocaron estas ideas consiguió llevar a la locura a los españoles; los habitantes de un mismo lugar, amigos y parientes que habían vivido siempre juntos, de repente eran mortales enemigos.

En un mismo pueblo se libraban batallas entre los bandos rojo y blanco, detonando crímenes terribles bajo pretextos de pertenecer a tal o cual facción: se desató sin control la violencia almacenada por viejos rencores, rencillas, traiciones y en muchos casos sin ninguna razón, surgiendo una crueldad escondida o provocada en muchos de los corazones españoles, infectados por ideologías extremas que en realidad no tenían que ver con ellos.

“Hilario se ha vuelto insoportable—decía mi abuela en un párrafo—dice ahora que es rojo, comunista para mayor desgracia. Y para colmo lo anda diciendo por aquí y por allá a todo el que se encuentra, no respeta en absoluto tu puesto ni tu rango, ha dicho el muy cabrón —¡a tomar por el culo la guardia civil!— ¡A dónde hemos llegado! A casa viene poco y siempre de malas. El corazón me da un vuelco cada vez que lo escucho. La verdad no puedo más. Estoy segura que esto acaba mal.”

Así que el hermano de mi padre se había unido al bando rojo, seguro era el único de la familia. Mi padre en México era un español raro, ya que era franquista recalcitrante y en nuestro país lo que abundaban eran españoles refugiados de la Guerra Civil contrarios a Franco. Esto siempre le causó conflictos, ya que convivía poco con españoles y prefería amigos del país, lo que hizo que lo conociera y amara más que muchos mexicanos.

En otra carta mi abuela le pedía a su esposo que por favor hiciera algo para proteger a Hilario, y su propuesta me pareció exagerada: “Mételo a la cárcel, Isidro, por favor, necesitamos que esté seguro y la única manera es encerrándolo, quiere ir al frente madrileño aunque eso implique morir por su causa”.

No encontré las cartas de respuesta de mi abuelo, por lo que ya intrigado me apersoné en la biblioteca del pueblo, solicitando los registros de esa época. Por suerte la biblioteca estaba abierta y se había modernizado por lo que pude consultar todo tipo de documentos de forma electrónica, lo que me ayudó a develar los hechos consecuentes.

En los registros del cuartel se asienta la entrada a la cárcel de Hilario por los cargos de desórdenes en la vía pública y faltas a la decencia. Revisando a fondo los registros de esa época queda claro que en el caso de los demás presos, el único delito era pertenecer a alguna de las facciones del bando rojo, ya sea comunistas o anarquistas y en su mayoría eran mineros, gremio que era el más conflictivo y violento.

Otra fuente de información a la que acudí fue al pequeño periódico del pueblo, más bien un panfleto, que por esas fechas anunciaba la acostumbrada visita en el fin de semana del caudillo Francisco Franco, que era muy afecto a pescar salmones en el río Cáres y cuando lo hacía se hospedaba en un gran caserón que pertenecía a otro Indiano del pueblo.

Cuando el caudillo viajaba, siempre lo acompañaba su guardia personal, comandada por un teniente Juan Carracedo, famoso por su crueldad y efectividad en la protección de Franco.

Ahondando en la búsqueda de noticias, de repente leí en ese diario lo que me conmocionó e hizo que me invadiera un escalofrío terrible: “Hemos tenido noticia de que el teniente Carranchedo el día de ayer, antes de la llegada del caudillo, ha ordenado fusilar a todos los rojos que estaban en la cárcel del cuartel de la Guardia Civil, con el fin de no correr el riesgo de que algunas bandas afines que operan por la zona quisieran rescatarlos y poner en peligro al Generalísimo”.

La sangre escapó de mi cabeza e invadió mi cuerpo un silencio interno al cesar toda actividad mental. Dejé de sentir, oler, ver y durante un largo segundo, de respirar.

Al volver a la vida la encargada de la biblioteca y algunos más estaban junto a mí sosteniéndome para no caer de la silla.

Me dieron un trago de brandy que poco a poco me ayudó a tomar conciencia de dónde estaba.

De vuelta en el chalet no pude contarle nada a Nadine, mi cerebro se negaba a digerir esa noticia. Mi prima Isabel, hija de Serafina, la hermana mayor de mi padre vivía en Madrid y dada la imposibilidad de viajar a verla o de que ella viniera por la maldita pandemia, la llamé por teléfono y acordamos tener una llamada en FaceTime al día siguiente.

Tuve que ir a la biblioteca nuevamente pues en la casa no había internet y solicité me permitieran hacer la llamada en un pequeño despacho aislado de la sala principal.

Después de saludarnos con gran cariño le conté inmediatamente mi descubrimiento haciéndola partícipe de mi sorpresa y enojo por no haber nunca conocido esa historia.

“Ay, Julio Antonio —me dijo Isabel— en cada familia hay secretos que se guardan por años y muchas veces nunca se conocen, lo cierto es que en nuestra familia ese tema nunca se trataba y lo único que yo sé, ha sido porque se lo he sacado a mi madre muy poco a poco y de forma inconexa y no como una historia, sólo te puedo contar lo que yo sé o creo saber”

Y lo que sabía Isabel todavía me hiere:

-Que mi abuela se enteró del fusilamiento hasta el otro día y sólo le dijeron que Hilario en todo momento mencionó que él era rojo y no le importaba dar la vida por su causa.

-Que a mi abuelo no lo pudieron localizar, pues estaba en la Sierra y al enterarse al otro día regresó inmediatamente al pueblo, donde fue recibido por el mismo Generalísimo que acababa de llegar y al enterarse de la tragedia, había regresado a Carranchedo de Madrid de inmediato. Se comenta que le dijo cuánto lo sentía pero que eso estaba sucediendo en muchas familias por toda España, envenenando al país. Le afirmó que aunque no podría restaurarle el daño, lo ascendería como agradecimiento por su sacrificio a la causa.

-Que mi abuelo no le volvió a dirigir la palabra a mi abuela durante los meses que todavía vivió y que en su sepelio se dice que no derramó ni una lágrima.

-Que recuerda al abuelo como un viejo alto y encorvado, triste, con los ojos azules... muertos.

-Que ella nunca ha hablado con nadie de esto además de su madre, ni ha escuchado a otros tocar el tema.

Tendría yo seis años cuando le avisaron a mi padre que el abuelo había muerto. Lo recuerdo en su cuarto, viendo desde la ventana, en silencio, mucho tiempo.

Silencios, secretos, dolor escondido, tragedias, legados de familia de una generación a otra.

Regresé al chalet, ahora habitado por muchos, muchos fantasmas.



Paúl Núñez

Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Pasos y cuerdas - Fernanda Zúñiga

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.
Eloísa Valeria Martínez Carrillo

Cuarto de Guerra

Ángel Garay, Antonella Capacchione, Carlos Poo, Renée León,
Melanie Santillano, Ximena Basulto y Ximena Montaña

Digital

www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número veintiocho. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Octubre-Noviembre de 2020.**



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

*Si el fruto de una higuera no madura
instantáneamente o en una hora,
¿cómo espera que la mente humana
dé frutos tan rápida y fácilmente?*

Epicuro

Discursos I, 15.7-8



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir